

Araki: Self, Life, Death

Barbican Centre, Londres

Del 6 de octubre al 22 de enero de 2006.

Llego al Barbican y lo encuentro lleno de visitantes variopintos: estudiantes japoneses; estudiantes de arte vestidos con sus mejores despojos de Brick Lane; hombres maduros que pasean morosamente ante los retratos de chicas amarradas, a pesar de que muchos están manchados con brochazos y gotones de pintura fluorescente que apenas dejan ver nada jugoso. Araki, al contrario que muchos artistas, no se sonroja nunca. Sus detractores son en general aquellos a los que hace sonrojarse: el exhibicionismo, la banalidad, la sentimentalidad, la enfermiza compulsividad de Araki. Si hay una lección que todo artista debe aprender de él, es ésta: nunca pienses dos veces en la legitimidad de una idea o una imagen. No te cortes, hazla. La exposición en el Barbican Centre es el trabajo de tres comisarias buceando en los archivos interminables de Araki, porque él está ya, seguramente, a diez mil imágenes por delante de ellas. Cada foto es un pequeño evento que afirma su presencia en la tierra.

Araki no fotografía actos sexuales. Sus fotografías SON un acto sexual. Según propia admisión, un *ménage à trois* entre la modelo, el fotógrafo y el espectador. Por eso molestan tanto a ciertas almas sensibles. Lo justifican con excusas de explotación, feminismo, machismo, pornografía... Cuando en realidad, lo que les molesta es ver a Araki colocando lagartos de plástico en los sexos abiertos de chicas amarradas con elaborada, compulsiva precisión, y porque puede. Para Araki, el sexo es una actividad dentro de su experiencia diaria, no un espacio aparte ni algo a representar para analizar con lupa más tarde. Es algo que se hace, también, sin pensarlo dos veces. Araki es un hombre de acciones compulsivas.

Compulsión es un concepto que aparece una y otra vez en la obra de Araki. Su compulsión por fotografiar, aparentemente, cualquier cosa que le hace detenerse y mirar. Nubes en el cielo de Tokio, o calles y autovías que podrían ser cualquier ciudad del mundo que ha crecido deprisa y mal. Lo curioso es que cuando consideras el total abrumador de su obra, las chicas amarradas, los puentes de hormigón, las nubes, las fotos de su gato, de flores en diferentes estados de lozanía, incluso las fotos de su mujer muerta, todo cobra sentido. Hay una gran democracia en la imaginería de Araki, cada flor, cada vuelta de cuerda, cada cama deshecha, tiene voz y voto. Araki fotografía todo lo que se le pone delante porque no puede hacer otra cosa. Está atrapado dentro de su piel. A menudo, publica sus fotos en libros que él llama "diarios". *Sentimental Journey* es, sin duda, el más conocido. El que tiene veto en esta aparente democracia de temas fotográficos.

Es la presencia de Yoko, esposa de Araki, lo que hace que el caos cobre de pronto sentido. En *Sentimental Journey*, Araki narra su vida de casado y la prematura muerte por cáncer de su esposa. Imagen a imagen. Es el reverso de Tokyo Lucky Hole, su alegre vida de joven casado que gusta de echar una cana al aire con la cuadrilla. Su viudez de viejo verde, que crea mini eventos con una cámara, un largo de cuerda, y una joven modelo que se deja hacer. Esta afición comenzó como un encargo para revistas porno japonesas. Sin embargo, las chicas en Japón: estudiantes, amas de casa, putas y secretarías, hacen cola para ser fotografiadas por Araki. Se sienten liberadas en las manos de este pequeño sátiro tatuado. Araki es un tesoro nacional. **Itziar Bilbao**